XVIII Domingo del Tiempo Ordinario C

La alcancía para el cielo

"Dijo Jesús: Guardaos de toda clase de codicia, pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes. Y les propuso una parábola". San Lucas, cap. 12.

Don Pedro Picapiedra, Vilma su esposa, la niña Pebles y sus amigos, viven un momento inicial de la llamada civilización. En su vivienda disponen ya de algunos elementos como el lavaplatos, la cortadora de césped y el troncomóvil, que les hacen la vida más amable.

A través de los siglos, la humanidad continuó tecnificándose de forma sorprendente. Hemos vencido numerosas enfermedades, conquistamos la luna y nos comunicamos con todo el planeta, casi a la velocidad del pensamiento. Lástima que en otras áreas permanezcamos más allá de la caverna.

Por medio de los bienes materiales también se realiza el plan de Dios, señalado a la primer pareja humana, y explicado de manera más amplia por Cristo.

Un día alguien se acerca a Jesús para pedirle: "Dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia". El Señor le responde que su oficio no es dirimir pleitos de dinero. Y le añade: "Guardaos de toda codicia. Aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes". En otras palabras: La felicidad de hoy y de mañana no depende únicamente de cuanto poseamos.

El Maestro aprovecha la ocasión para contar una parábola: Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Decidió entonces ampliar sus graneros. Y se dijo: "Hombre, descansa, come y bebe. Date una buen vida". Pero Dios le advierte: "Necio, esta noche vas a morir. ¿Para quién será lo que has acumulado?"

Jesús no sataniza los bienes de este mundo. Ellos son buenos. Nos ayudan a vivir como humanos. Son signo de los dones que gozaremos en el cielo. Pero sí condena el egoísmo de quien acumula sólo para sí, negándose del todo a compartir.

Cuando la máquina se aplicó a la industria, durante el siglo XIX, se inició la revolución industrial que ha elevado el nivel de vida de muchos grupos humanos. Pero en la medida en que crecieron y se calificaron los bienes y servicios, no creció nuestra capacidad de compartir.

San Vicente de Paúl escribía que, en su tiempo, hubo tal escasez en algunas regiones de Europa, que era común "ver a los hombres comer tierra, masticar la hierba, arrancar las cortezas de los árboles para tener algo en el estómago". Una pobreza, ocasionada por la falta de tecnología agrícola.

Hoy también la humanidad sufre miseria en muchos lugares del mundo. Pero la actual situación es más absurda y más injusta. Porque si repartiéramos los bienes de manera fraterna, todos podríamos alcanzar un nivel de vida suficiente.

"Para quien será lo que has acumulado?". Con mucho sentido común respondía un campesino: "No hay mortaja con bolsillo ni ataúd con caja fuerte". Al morir, dejaremos

lo capitalizado para nosotros. Nos llevaremos lo que hemos entregado. Porque los pobres son la más invulnerable alcancía para el cielo.

Pero esta página del Evangelio, más que una amenaza, quiere ser una invitación a ampliar los graneros, a acumular muchos bienes para aquellos que no tienen. A no descansar. Es una invitación a descubrir alegrías más auténticas, en el bolsillo de los necesitados.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y